

ESCAPE DE ANGBAND

—Kûf, te llama tu Balrog a sus aposentos. ¡Ahora!

Kûf, orco viejo, vencedor de mil combates, cobarde en otros tantos, sabía de sobra que si no se daba prisa el castigo sería horrible. No era el mejor orco, se decía, pero sí uno vivo. Por eso escupió la comida que estaba engullendo en los Almacenes Superiores, tras haber entregado su última captura de esclavos, se ajustó su parche en el ojo, y buscó una montura que lo llevara Angband abajo. En su mente trazó la ruta más rápida a su destino, y espoleó a su huargo. Fustigó con ahínco su lomo, indiferente a sus gañidos: mejor el huargo que él.

El problema era que había elegido la ruta más corta, que le hacía entrar en territorio de otros clanes orcos. ¿Sería seguro? ¿O variaba su curso para evitarlos? Angband era no sólo una ciudad subterránea grande, sino compleja a la hora de cruzarla de un lado a otro.

En la cúspide de la sociedad orca y por tanto en lo más profundo se situaba el *Goth* Melkor, el Amo de Amos. Pero había estado ausente durante mucho tiempo, durante el cual los Siete Balrogs, sus príncipes y generales, se habían dedicado a construir sus propios ejércitos privados. Estrato tras estrato, salvo algunos recursos compartidos, la ciudad se dividía en Distritos Verticales, uno por cada Casa Balrog, los cuales competían entre sí, e incluso cometían pillaje unos contra otros. El conjunto ocupaba decenas de millas hacia los cuatro puntos cardinales, aunque tan sólo alguna milla hacia el subsuelo. Tardaría horas en llegar a su destino.

Desde que el *Goth* volviera y merced a su poder, se había restaurado la colaboración interna, pero en ocasiones seguía siendo un riesgo cruzar por el Distrito de los esbirros de otro Balrog. Esta vez Kûf pudo avanzar sin problemas, y resopló cuando llegó a las estancias de su Amo, el Balrog Thûrog. Daba igual que casi hubiera matado a su montura por el camino, no estaba seguro de que hubiera sido suficiente.

—Ah, estás aquí, sí. Kûfaz, mi singular *ashpar*, por fin estás ante mí, sí... —siseó satisfecho su Amo, una figura humanoide imponente, ominosa y oscura. A pesar de que Kûf era alto para los estándares orcos, se sintió un alfeñique a sus pies.

Su Amo giró su corpachón. Le observó desde arriba, consumiéndole con una mirada ardiente pero contenida, como unas ascuas a punto de revivir. Kûf se preguntó si habría sido una muy mala idea intentar ascender en el escalafón: ahora lo sabría. Incluso le había traído la cabeza de Haldad, el jefe de los primeros nacidos, que ganó en la Batalla de la Empalizada, entre el Río Ascar y el Gelion, para obtener su confianza.

El Balrog llevó una garra hacia una mesa de piedra. Kûf pensó que iba a alcanzar su flagelo, y que le iba a costar salir de ésta (no en vano a su Amo lo apodaban “Látigo Largo”) En cambio, el Balrog sonrió, si es que un Príncipe del Mal puede sonreír, le mostró un torque de oro macizo, y le dijo:

—Sí, tengo una misión para ti, sí...

====

Angband estaba hecha de una miríada de escondrijos, oquedades, cavernas y pasadizos, que formaban capas de una cebolla defensiva. Así los *snaga*, pequeños siervos trasgos que componían lo más bajo de la sociedad orca, vivían arriba del todo. Debajo se arremolinaban esclavos, en medio, para no poder escapar. Después se ubicaban cocinas, almacenes, forjas, zonas de cultivo de hongos, algas y pescado, espacios de comercio y esparcimiento, y los barracones orcos. Más abajo aún, en los estratos más protegidos, vivían las Madres de cada Casa Balrog, los Siete Príncipes (cada uno en su mansión subterránea), y el mismísimo Melkor. Allí se encontraba Kûf ahora, donde ni siquiera los orcos deseaban permanecer mucho tiempo.

La fila de esclavos daba la vuelta a las estribaciones de los salones de su *Goth*, el Amo de Amos. Era la cueva más recóndita de Angband. En los laterales, formas demoníacas se alzaban, esculpidas de forma que miraran con devoción al centro, al Trono del Terror. Melkor, gigantesco en cuerpo y maldad, daba allí de comer elfos a su huargo más querido, el más grande de los lobos, el descomunal Carcharoth. Los tomaba entre sus manos, se regodeaba en su horror, para luego ofrecerlos casi con cariño a su mascota. El huargo los devoraba vivos, mientras Melkor, como encorvado por el peso de las tres grandes joyas de su corona, los Silmarils, disfrutaba embelesado.

Sí, allí se encontraba Kûf, maldiciendo su negra suerte bajo el calor asfixiante. Pastoreaba la ofrenda de su Amo Balrog, la cuota del mes, azuzando a su grey, esperando que no fuera él parte del menú. De vez en cuando amenazaba al ganado élfico con su falcata curva, aunque algunos esclavos estaban ya más allá del pavor y la desesperación, y se arrastraban con la parsimonia de un muerto en vida.

Como era un simple orco auxiliar, no un guardia de corps, a Kûf no le estaba permitido ni mirar hacia su *Goth*, mucho menos la luz de las joyas, que parecían luchar contra la oscuridad con su frío resplandor. Y así, al bajar los ojos, cruzó su mirada con la de la elfa.

La elfa era una *golug* cualquiera, sin nombre, sin futuro. Pero una vez la miró, Kûf no pudo apartar la mirada.

Caminaba erguida, como una princesa lejana de pies desnudos, como si fuera una sorpresa para el mundo, como si sus pasos no fueran los últimos. Y mientras daba un paso, y otro y otro, tosiendo por algún mal que la aquejaba, alzó la mirada hacia Kûf, se reconocieron mutuamente, y el mundo se detuvo. En sus ojos, azules como lagos de montaña, se reflejaron los Silmarils, y él vio en ellos la luz de Aman como nunca imaginó. Pues esos ojos le sonreían, y el pecho le ardió.

—¿Eres tú? ¡Eres tú! ¡Skai, no! —exclamó en un susurro sobresaltado, y escupió algo que masticaba con fruición—. ¿Pero, pero por qué me sonríes?

—Porque sé quién eres, y que eres más de lo que crees.

—Te van a partir en dos y ¿te preocupas por mí? ¡Estás loca, esclava! ¿Pero qué haces aquí? Te escondí entre el Servicio a las Madres y...

—Descubrieron que estaba enferma, así que ya no les soy útil.

—¡No! Algo se me ocurrirá, yo... —La elfa le sonrió de nuevo, y eso hizo que callara.

—Quizá es mejor así —dijo la enferma—. Con esta tos, partiré pronto de todos modos a los salones de Mandos. Pero ahora, lo haré tras ver la Luz de Amán, yo entre tantos Laiquendi, que no cruzamos el océano. Ante la Luz, ¿qué mejor forma hay de morir? Eres tú quien debe preocuparse. ¿Recuerdas lo que te dije? ¿No me harás caso, no lo harás? —susurró, casi ahogada. Y dio un paso más hacia el huargo, hacia la Muerte.

Kûf no sabía qué decir. Él, un orco hecho y derecho, cruel hasta doler, se revolvió dudando azorado, mirando hacia todos lados. Ella dio otro paso.

—No puedo, no puedo... —musitó el orco.

—Claro que puedes, eres libre. Hagas lo que hagas, yo lo sé —Otro paso.

—No sé, no sé...

—Claro que sabes. Él no te lo ha quitado todo, puedes elegir —Otro paso.

Mucho después, Kûf no recordó saber por qué lo hizo, pero sacó a la elfa de la fila y le espetó algo y le arreó un par de bofetadas en la cara. Ante su superior, se excusó diciendo que “esta perra piensa que así morirá más rápido, pues se va a llevar una decepción”. Éste no tuvo mayor problema, pues habían traído carne viva de sobra, y parecía que hoy el monstruo no tenía mucha hambre.

Se la llevó lejos. La esclava casi se caía de agotamiento y, para su sorpresa, cuando sus compañeros no miraban, el orco se la cargó al hombro. Llegó a las estancias de los esclavos. Preguntando, encontró su camastro y la dejó postrada, extrañado de su propia delicadeza, con la sorpresa todavía contenida de quien nunca había recibido una sonrisa amable de nadie más.

Ella se llevó la mano al pecho, tosió un par de veces, le costaba respirar. Levantó una mano y acarició la piel rugosa de la calva del orco. A éste le habían arrancado el cuero cabelludo hacía tiempo, pero aquella deformidad no detuvo a la elfa. Tosió de nuevo, convulsa.

—¿Lo ves? Has elegido.

—¿Crees que me importa? Sólo lo he hecho para que te retuerzas de dolor más tiempo.

—Por supuesto, pero lo que importa es que lo has hecho. Delante del propio Melkor, le has arrebatado la golosina a su mascota, cof, cof. No creo que nadie haya hecho eso desde que pisara estas tierras por primera vez. Y por eso, creo que puedes hacerlo.

—¿El qué?

—Ya lo sabes: ser libre. Y de paso... —La elfa giró la mirada hacia un lado, tosiendo sangre. De las sombras surgió una cosa pequeña, de pelo rubio aunque oscurecido por la mugre: una niña elfa, con el cabello enredado y la mirada risueña, que mostraba su última captura, una rata de cierto tamaño.

—¿Qué? No pretenderás que...

—Por supuesto, cof, cof. Llévatela, sácala de aquí, por favor, entrégala a los míos lo más lejos que puedas de este lugar. Te darán una recompensa. Libérate de ÉL, ni siquiera tú te mereces esto.

—¿Pero estás loca? La enfermedad te hace desvariar. Soy un *ashpar*, un depredador, un merodeador del Balrog Thûrog. Capturo esclavos, no los libero. Que me salvaras la vida en su día no significa nada. No te debo nada, no eres nadie, sólo te saqué de la fila, no puedes pedirme más. Y esto es Angband, la cárcel de hierro. No sois más que un par de brujas elfas que pretendéis embrujarme con..., con..., ¿pero por qué sonreís las dos? ¡Nunca, ni en cien años!

====

Ella expiró poco después, y a nadie le importó. La vida siguió, si a eso se le podía llamar vida. Kûf continuó su labor, yendo y viniendo de acá para allá. Pero a veces, después de una pelea en alguna taberna subterránea, o tras matar a algún orco de otra tribu por alguna pendencia, ebrio de agrias victorias, acababa cerca de las estancias de las Madres orcas. Allá estaba ahora destinada la niña. Él se acercaba, aunque no demasiado, mirándola trabajar desde la lejanía. De vez en cuando, la niña se encontraba algún pescado fresco, alguna prenda de vestir o similar, entre las pobres mantas de su nicho, apenas un montón de paja y un saco con algunas pertenencias robadas. Él creía que ella no sabía quién le daba esos regalos. Pero la niña era muy consciente de dónde provenían.

Angband daba cobijo a unos setecientos mil parlantes. La mayoría, medio millón, eran *snaga*, lo más bajo de la sociedad orca, apenas pequeños siervos de quienes se llamaban a sí mismos, los “verdaderos orcos”, unos ciento cincuenta mil. Otros cincuenta mil, aproximadamente, eran esclavos, entre los que una mayoría eran elfos. A los nuevos nacidos, los humanos, se les empleaba más en el exterior. Sin sol, se marchitaban en pocos años en las grutas. Finalmente, apenas unos cientos de ellos eran enanos, demasiado duros y correosos siquiera para convertirse en el menú de alguna celebración. Entre ellos se encontraban lo que se denominaban “enanos mezquinos”, que colaboraban de buen grado mejorando la infraestructura de las cuevas, a cambio de metales y piedras preciosas. Algunos de ellos no entraban directamente en esa categoría, pero tras largos períodos de cautiverio, no hacían ascos a hablar y trabajar codo con codo con otras especies.

Tras uno de sus viajes visitó a Thekk, un enano esclavo de las Forjas con el que trapicheaba productos de contrabando desde largo tiempo ha. A los orcos les gustaba el oro o la plata como al que más, pero los capitanes y guerreros de alta alcurnia se lo quedaban si podían, y los dragones exigían su cuota sin demora. Thekk escamoteaba algunas onzas de las herrerías, se las pasaba a Kûf, y éste las vendía fuera a los soldados de las guarniciones, a buen precio, a cambio de alimentos frescos. Por un momento no parecieron guardián y esclavo, sino dos colegas de infortunio: Thekk, fornido y barbudo; Kûf, más alto pero no tan ancho de espalda y rostro, su único ojo teñido de negro carbón.

El enano sacó de algún escondite un barril de cerveza. Comenzó a pedirle información del exterior como siempre, con esa forma de hablar suya, tan peculiar. Siempre estaba ávido de noticias o de algo que le sacara de la rutina.

—No he visto el sol en tanto tiempo Yo, que ya no recuerdo del atardecer el color. Lo veía, Yo, desde el monte Dolmed, en mi Tumunzahar querida —comentó Thekk, con aire distendido—. Nunca había de allí salido, hasta que me tomaron prisionero. No recuerdo otro atardecer igual.

—He llegado hasta allá, intentando conseguir algún esclavo elfo, pero son muchas millas para tan poco pillaje. Cacé a uno. Se ofreció a pagar por su vida, y por la de otros esclavos, pero el muy idiota se dejó matar por el maldito Yagûl, que es de los que no hace prisioneros. Lástima, me habría gustado saber cuánto hubiera sido capaz de ofrecerme.

—¿Mataste a Yagûl, Tú?

—Obviamente.

—¿Así que ofreció un rescate a tí? Eso es nuevo.

—¡*Ska!* Supongo que quería vivir, o hacer alguna de sus brujerías de elfo, y estaba desesperado.

—Hay que estar loco para que un esclavo pretenda salir de estas *Narag-dûm*. Y te lo dice uno al que no le importaría ver el sol de nuevo, Yo.

—Me pregunto cuánto hubieran sido capaces de pagar.

—¿Y qué ibas a hacer con la recompensa, Tú? Si te descubrieran no podrías volver aquí: tus colegas *rakhâs* te despellejarían vivo.

—Podría buscar Renegados. Dicen que hay orcos salvajes, sin Casa, allá en el lejano Sureste. He ido muchas veces más allá de las Montañas Azules, pero no he llegado tan lejos. ¿Quién sabe?...

—¿Sin Casa, Tú? Pfff, no te creo. ¿Y cómo ibas a sacar a nadie de aquí, Tú?

—Mmm, como me aburría en las guardias, estaba pensando en eso. En realidad, el problema es la distancia. Angband no es una cárcel con muros que saltar, ni siquiera lleváis argollas y cadenas aquí. No hacen falta, son millas y millas de pasadizos, entre controles. Y una vez has salido de la Ciudad, ¿estás salvado? ¡Ja! Luego, hay muchas jornadas de viaje hacia los reinos *golug*, ¡sabandijas! —sentenció, y escupió al suelo.

—El aviso llegaría demasiado rápido, no habría tiempo para cruzar Anfauglith, Nosotros —coincidió Thekk—. Son millas como más de cuatrocientas hasta allá, y habría que cruzar Taur-nu-Fuin, con todos esos sucios huargos de presa pisándote los talones, Ellos.

—Correcto, maldito enano, con tus cortas piernas no llegarías lejos. Y no hables mal de los huargos o te arranco la barba: son preciosos.

—¿Me sacarías de aquí, Tú?

—Por un buen precio, y por ser tú, montón de estiércol, creo que puedo sacar a uno o dos esclavos de pequeño tamaño, pero de nuevo, la distancia... —El orco escupió algo que había estado mascando—. Otra opción sería tomar el camino largo, menos obvio, por los campos y las granjas del norte de las montañas.

—Por los pelos de mis *tarâg*... Pero sólo hay hielo, ahí —gruñó Thekk—.

—¿Te trajeron en invierno, no? Los elfos idiotas creen que esto es un páramo yermo y helado, pero de alguna forma hay que dar de comer a tanta gente. Para vosotros sólo hay ratas, algas, hongos y poco más, pero hay hectáreas de granjas con miles y miles de cabezas de ganado. Eso es por los volcanes, que calientan todas estas tierras, y que a pesar de la creencia común, no están debajo de las Thangorodrim. Los Amos sí vivirían entre el fuego y el azufre, pero nosotros no somos de esa especie. Por eso se crearon los embalses de lava, que se trae por canales antiguos desde lejos, construidos por estas manos. Cómo la mantienen líquida, su Maldita Magia sabrá.

—¿Y qué haríamos luego, Nosotros?

—Hay carreteras que parten de aquí hacia el Este y el Lejano Sureste, desde donde los nuevos nacidos nos ofrecen sus tributos. Podría ocultar a alguien pequeño, pero tarde o temprano habría que salir de los caminos, cruzar las Montañas de Hierro, heladas y llenas de precipicios, atravesar la llanura hacia las Montañas Azules... Aun por el camino más corto, a cielo abierto..., un fallo y se acabó. Distancia y tiempo, no se puede. Pena de

recompensa... —Suspiró y escupió al suelo—. Me voy, gracias por la bebida; es lo menos asqueroso que tomo en bastante tiempo. ¿Qué es, cerveza de algas con hongos?...

Con esas se levantó para irse, dejando la pregunta en el aire. Con el rabillo de su ojo visible pudo apreciar cómo el enano estaba a punto de hablar. Thekk cerró la boca, tomó un trago y se quedó rumiando al infinito. Pero mientras Kûf salía de la estancia, no pudo evitar una sonrisa de triunfo. Había plantado una semilla. La dejaría crecer.

Aquella conversación resultó ser la primera de varias: un juego, un hábito, una forma de salir de la rutina. Compartían, cerveza a cerveza, susurro a susurro, información. Cuando Thekk comprobó que, tras intentar pactar un hipotético precio, Kûf no lo denunciaba, comenzó a hablar más del asunto. Muchos turnos de herrería después, el enano le hizo entrega de una *burk*, un hacha de combate de factura en verdad enana. Era un hacha mediana de un único filo, para una mano, hecha a medida para Kûf, con un pincho en el otro lado que refulgía como con vida propia, y una inscripción en lengua Khuzdûl que nombraba a su dueño. Al orco le parecía poco ese primer pago para tanto riesgo, aunque secretamente desarrolló el hábito de acariciar su negra hoja mientras la afilaba con cariño, y se dejó querer. Thekk no se arriesgaba a hablarlo con otros enanos, y ambos seguían preparándose, pero todavía no veían cuándo hacerlo. Parecían estar en un punto muerto.

Tiempo después, el orco fue con algunos compañeros a las Forjas a recoger un envío para llevarlo al exterior, con clavos y herramientas para los puestos septentrionales. Casualmente estaba por allí la pequeña rata, cazando otras ratas. Como siempre la niña, inasequible al desaliento, vino hacia él. Iba vestida con una sonrisa y poco más, arrastrando su última presa. Indiferente, vigilando a los vigilantes, Kûf preguntó, como quien comenta una partida de cartas:

—Pequeña rata, ¿te gustaría ver el sol?

—Mamá aseguró que la luna era más bonita.

—Encima contestona. ¿Harás lo que yo te diga?

—Mamá ordenó que te hiciera caso.

—¿Por qué? Soy vuestro enemigo, os odio casi más que a los orcos de la Guardia de Corps del Amo de Amos, esos engreídos.

—Mamá dijo que eras diferente. Y lo eres.

—Mamá esto, mamá aquello... ¿La ves aquí? Ahora no hay mamá, sólo yo, ratilla —Kûf miró al infinito, con cara de fastidio. Para su sorpresa, la cría no lloró. Ni un mohino. Era dura, la mocosa... Suspiró y masculló algo para sí—. Tú estate lista y con la boca cerrada. Algún día..., algún día. Será rápido.

—No tengo nada. Seré rápida.

Kûf le hizo un gesto con la mano para que se fuera. Demasiada conversación sin un latigazo o un escupitajo. Al girarse vio a Thekk, el enano, mirándolo incrédulo.

—¿Lo estás de verdad considerando, Tú? ¿Esa comerratas? ¡Mahal bendito, lo estás, Tú!

—Calla, montón de estiércol. Es pequeña, lista, aguanta lo que le echen, fácil de esconder. Y está esa recompensa...

El enano dudó, volvió a dudar, dudó aún más. El orco hizo amago de irse, pero Thekk lo detuvo:

—Mi mayor hermano, cuando nos atascábamos buscando una veta, solía decir: "siempre hay otra forma"... Tengo una propuesta. Hay algo que no sabes, Tú.

—Aquí no.

====

Semanas después, Kûf escondía un paquete de viandas secas en una rendija, junto a los carromatos que había al lado del almacén. El escondrijo, ubicado cerca de una sección de letrinas, estaba lejos de miradas curiosas. Por increíble que pareciera, ya tenía un plan viable, le faltaba una distracción. Llevaba tiempo sondeando a los exploradores que venían allende Anfauglith, barruntando nuevas guerras. Hasta ahora, la última escabechina se había producido en casa, entre los *kaukareldar*, esos *gongs* jorobados del Distrito del Balrog Ulunn y los recolectores de hongos de la zona baja, por un intento de pillaje. Pero la cosa no había pasado a mayores, y él necesitaba una distracción más grande. O se iniciaba una guerra con los *golug*, o debería provocar un conflicto serio entre al menos un par de Casas Balrog, generar caos por doquier, para crear un hueco plausible por el que desaparecer. ¿Cómo conseguirlo?

Alguna idea maliciaba, aunque ninguna le convencía. En esas estaba, pasando las noches rumiando sus opciones, durante su turno de guardia. Paseaba por el trozo de almena que le tocaba, cerca de las Puertas Negras, sin salir de su zona asignada. A los orcos, incluso a los esclavos, se les obligaba a turnarse en distintas labores, porque la inmortalidad volvía locos a los que permanecían demasiado tiempo en la misma tarea. En realidad, agradecían (en secreto) sus turnos en el exterior, al menos cuando tocaba de noche. Se mantenían en zonas separadas, una por cada Casa Balrog, y se preocupaban muy mucho de no acercarse demasiado entre ellos, pero el aire malsano de fuera era mucho mejor que el de dentro.

Kûf se arrebuja en su última captura, un poncho de piel impermeabilizada con cera de abejas. Las orejas se le enfriaban rápido aquella noche, y cuando se colocaba bien su gorro de piel de gato de las cavernas, vio algo a lo lejos. Bajo la luna menguante, divisó un huargo y un vampiro de considerables dimensiones. Por su porte parecían Draugluin, padre de los

licántropos, y Thuringwethil, el vampiro. Las puertas, de cien pies de altura, estaban abiertas, pues todavía no había salido el sol, pero en esas apareció Carcharoth. Algo sabía el inmenso cancerbero que él no, sospechó Kûf, porque su expresión indicaba que no le gustaba un pelo la visita.

Como otros vigías, se quedó observando la escena, ávido de poder cotillear luego con otros congéneres, las novedades de aquel encuentro. Cuando las formas oscuras se detuvieron, cautas aunque desafiantes, ante aquellas fauces abiertas, hasta orcos de zonas distantes de la muralla se acercaron, arriesgándose a un pescozón o algo peor de sus superiores.

Lo siguiente que observó lo dejó anonadado: tras cruzarse unas frases secas, que él casi no podía escuchar, el vampiro se transfiguró en una blanca hembra elfa, iluminando la escena con la pura luz de su piel. Se adelantó, y ante el asombro de la Bestia, le dirigió unas palabras, suaves pero firmes y directas. Y el lobo, como un peso muerto, como si hubiera encontrado la paz que nunca había conocido, se durmió.

Kûf no se lo podía creer. Giró la cabeza para buscar confirmación, y casi se cae del susto: todos sus compañeros estaban cayendo dormidos. Hubo un par que, al haber sacado el cuerpo para ver mejor la escena, al dormirse cayeron con estrépito al precipicio, muriendo con un golpe sordo.

Se tocó el pecho, el parche... ¿por qué él no se había dormido? ¿Qué era aquella brujería? Buscaría más tarde respuestas, pues en la oscuridad, pudo seguir escuchando a la mujer y al lobo que la acompañaba. Sólo pudo entender que la bruja decía "Melkor" y "Silmarils", y el lobo parlante respondía "¡vamos!" con decisión, tras lo cual la bruja tornóse vampiro volador. Acto seguido entraron por las Puertas. Kûf saltó al otro lado de las almenas, y vio cómo desaparecían por el Pasadizo Central.

Anonadado, se dirigió hacia la Campana de la Guardia, para avisar a quien pudiera escucharle. Se percató de que, si todos dormían, no serviría de nada. Y algo estalló en su cabeza, tartamudeando para sí:

—¡Serás, serás idiota, *skai!* Esto es lo que esperabas, ¡la distracción!

En su imaginación, discurrieron con voracidad los acontecimientos: la bruja y su animal parlante dormirían, si no a todos, a buena parte de la guarnición, mientras buscaban al Amo de Amos. ¿Podrían con Él? Habían podido con el Monstruo y la guarnición de la puerta, pero... Suponía que morirían en el intento, pero uno nunca se sabía con los elfos... Recordó cómo aquel campeón, ¿cómo se llamaba? Fingolfin, sí, le puso en serios aprietos a Melkor aquella vez que se enfrentaron en combate singular. Fue entonces cuando vio cómo era en verdad el Maldito Gran Amo, y cómo sin los Balrogs y los gloriosos orcos, no era ya tan poderoso como en los viejos tiempos... No, no tendrían tanta suerte. Pero

aquellos desgraciados, fracasaran o no, iban a organizar un buen jaleo, y serían un estupendo chivo expiatorio.

Salió disparado hacia las plataformas de descenso. Sabía que ellos estaban bajando por las rampas centrales. Buscarían cómo llegar a la cámara del Gran Amo, lo que les llevaría horas, y eso si no equivocaban el camino. Pero él podía atajar por el montacargas de la Cicatriz, un inmenso hueco vertical que atravesaba varios estratos de habitáculos.

Descendió hasta el nivel que buscaba, y cruzó al otro lado por los puentes colgantes. Las calles subterráneas estaban plagadas de orcos adormecidos, tumbados en el piso o en las bancadas de las tabernas. Esclavos aquí y allá miraban extrañados en derredor, dudando qué hacer. Algunos le vieron pasar sin pararse a dar órdenes ni culparlos de lo sucedido. Eso les convenció, y comenzaron a correr a buscar a los suyos para intentar salir de aquel infierno. Otros llevaban tanto tiempo enclaustrados, que simplemente se encerraron en sí mismos, y se sentaron al lado de sus terribles amos.

Cuánto iba a durar aquella locura era una duda que atormentaba a Kûf, pero sabía que era ahora o nunca. En algunos puntos se sucedían pequeños conatos de incendios, allá donde los orcos durmientes habían dejado caer alguna lámpara. Alimentó los fuegos como pudo, con aceite o licores, mientras corría hacia su destino. Encontró al enano en las Forjas, dormido pero porque era su turno de descanso corto. Lo despertó de dos tortazos, y rápidamente lo puso al día.

—¿Qué hacemos, matar a todos éstos, Nosotros? —preguntó.

—¿Qué dices, montón de estiércol? Los enanos idiotas no sois más que un puñado, no sabemos cuándo despertarán, os masacrarán.

—Entonces... —dudó Thekk.

—¡El plan, el plan! Cíñete al plan. Pero ahora sin esperar el cambio de turno ni el sigilo. Corre a buscar a la niña, tenía el mismo turno de descanso que tú, debería estar en su cámara. Subid por los ascensores de poleas del Distrito de Ulunn, y nos vemos en el Almacén de Entrada y Salida Norte, en el carro. Recoge más comida si puedes, yo me encargo de las mulas. Con un poco de suerte la maldición de esa bruja habrá llegado hasta esa salida, y tendremos franco el paso.

—¿Y mi gente?

—Yo me encargo, ¡corre, corre!

El enano reaccionó a la orden del orco con la costumbre de años y años de latigazos ante la más leve insumisión. Salió en tromba con lo puesto, sin parar más que para recoger su martillo pilón, que descansaba a un lado.

El orco esperó a que desapareciera por el lateral, para salir corriendo por otro lado, que ascendía a un estrato superior. No dijo nada a nadie, mintiendo así a Thekk, mientras algunos enanos asesinaban a otros orcos dormidos, y le miraban desafiantes.

Una vez llegó al siguiente estrato, sudoroso, tomó una tirolina, un sistema de transporte que recorría largas galerías usando su peso y la leve inclinación.

Por fin llegó a su destino. Aquí no solía haber más esclavos que los *snaga* (ahora desmadejados en el suelo) porque era quizá, el único punto flaco de la ciudad. Sólo contaba con la tenue luz de los hongos fantasma, que brillaban en la oscuridad con un halo azulado y misterioso. Se concedió un momento sabiendo que, para bien o para mal, sería la última vez que contemplaría la única cosa allí dentro que tenía su propia belleza, una que ni Melkor había podido emponzoñar. Siempre se quedaba perplejo ante la majestuosidad del Mar de Angband.

El Mar de Angband era una inmensa caverna interior, llena de agua, donde la sociedad orca criaba y cultivaba su propia reserva de criaturas marinas y algas. Era tan grande que se perdía la vista en la oscuridad, sin ver el final, y cubría dos estratos completos. Y donde estaba Kûf, se hallaban las Compuertas.

Las Compuertas estaban formadas por un sistema de compartimentos, que permitían desahogar a la ingente presa del volumen de agua necesaria, en caso de incendios o ataques. En ciertos puntos de las canalizaciones que llevaban el agua a otras zonas de la Ciudad, había tajaderas para redirigir la masa líquida, en función de las necesidades. Crear aquella infraestructura había sido, muy a su pesar, un trabajo realmente de enanos. Una infraestructura que ahora Kûf había ido destruyendo, de camino al gigantesco embalse subterráneo, rompiendo las tajaderas, una a una.

Se enfrentó con la rueda de apertura. El mecanismo, bien engrasado, no le dio problemas. Progresivamente fue abriendo sus fauces, vomitando más y más agua. Siguió girando y girando la rueda, hasta que no pudo más. Encontró un hierro que pudo usar como palanca, y descoyuntó el sistema de cierre. Tiró palanca y rueda a las profundidades, para entorpecer cualquier intento de recuperar el control.

Una catarata de agua comenzó a salir sin freno. Inundaría los estratos inferiores, los barracones de los orcos, donde los elfos no eran bien vistos por motivos de seguridad, salvo a la hora de la limpieza. Enfangaría a miles de orcos que estarían dormitando, aunque también a los esclavos que deambularan en sus tareas de limpieza.

Sabía que lo que iba a hacer destrozaría también las herrerías inferiores y las dependencias enanas, apagando fuegos y creando mucho humo, pero en realidad salvaría así a los esclavos. Si los suyos veían que los enanos se libraban del estropicio, sospecharían que

estaban detrás de aquello y los diezmarían como ejemplo. Los ejecutarían sin piedad, lentamente.

Como sólo había saboteado una de las Grandes Compuertas, la inundación sólo afectaría a tres las Casas de Balrogs. Con suerte, el caos generado provocaría una trifulca interna; orcos contra orcos, acusándose unos a otros de ser responsables del Caos. Eso llevaría a una matanza que deseaba con esperanza, porque le daría lo que más necesitaba ahora: tiempo.

Sin quedarse a admirar su obra, pero sin un ápice de remordimiento, tomó otro camino. Se dirigió a los ascensores de poleas para atajar, rumbo a los Almacenes Superiores. Montar el carro, cubrir sus huellas, quizá encontrar las puertas de la Salida Norte todavía abiertas... Kûf todavía no se creía su buena suerte. El agua no llegaría allá donde se dirigían aquellos espías elfos, pero el desastre les daría un poco más de espacio.

Deseó que los espías pudieran salir de nuevo, gracias a esa extraña magia élfica. Porque después, tras restablecer el orden (Kûf no tenía duda al respecto) el Gran *Goth* Melkor lanzaría a toda tropa orca disponible a peinar Anfauglith. Mientras, él se encontraría en la dirección opuesta con Thekk y la niña. Le mentiría de nuevo para tranquilizarle respecto a los otros enanos; cargarían lo que ya tenían preparado, y con un poco más de suerte, ocurriría lo impensable: se esfumarían tranquila y elegantemente en un simple y mísero carro tirado por unas mulas...

====

Ya estaban lejos cuando retumbó el trueno y temblaron las montañas: Thangorodrim despertaba, supuso Kûf. La montaña comenzó a echar más fuego y humo, como si el Amo de Amos bramara de rabia desde lo profundo. En breve sabrían si aquellos espías elfos habían escapado en dirección Sur, y si el *Goth* Melkor había desviado hacia allá toda su atención.

Más de cuatrocientas millas después, avanzaban en un carromato por una amplia carretera, conocida como la Vía Roja, entre brezales, por la inmensa planicie que los elfos, al creer helada, conocían como Dor Daidelos. Habían atravesado la cordillera de las verdaderamente nevadas Ered Engrin, las Montañas de Hierro, por un camino que los esclavos solían mantener despejada con sal, unas cincuenta millas a buen ritmo hacia el Norte. Después habían girado al Este al llegar a las interminables estepas. Allí, ocasionales rebaños de ovejas cruzaban el camino de cuando en cuando, cerca de los canales de lava, bajo ominosas nubes que presagiaban nada bueno, y algún rayo de sol disperso. Kûf preguntaba por noticias y rumores a los pastores, esclavos humanos. Por el momento no había noticias del ataque a Angband, ni jinetes de huargos, ni vampiros con

mensajes de alerta, y todos a quienes interpelaba se preguntaban qué sucedería en la Cárcel de Hierro. Lo que hubiera pasado en Angband, parecía haber quedado dentro de las montañas. Por el momento.

El carromato cabeceaba por los caminos de tierra apisonada, como un barco patizambo zarandeado por las olas, lento pero sin pausa. Cargaban comida de sobra, lo que les servía para justificar su viaje, llevando pertrechos a las guarniciones y puestos de vigía del Este por la vía habitual. Pero cada vez que llegaban a un control, había que empujar a la niña para que se metiera entre los enseres que transportaban, porque no quería esconderse. Tozuda, observaba el cielo, gorjeando mientras contaba las Siete Estrellas, la Hoz de los Valar, como las llamaban los elfos. De día paraban para que el orco se escondiera de la luz, y si Kûf no la hubiera amenazado con dejarla tuerta, como él, la niña se habría quedado ciega al mirar al sol directamente.

Posteriormente se habían desviado a la derecha, desde la Vía Roja, encaminándose hacia las Ered Engrin, de nuevo al Sur, ya muy alejados de la Ciudad y sus humos. Al fin, una noche llegaron a un puesto de control, con orcos bien despiertos al cargo. Varios esclavos humanos parecían tratar de arreglar una posta destrozada, mientras el encargado orco les daba el alto. La luna estaba más delgada cada día, y sólo las antorchas permitían apreciar la escena con nitidez.

—¿Qué llevas ahí, *pushdug*?

—Provisiones extra para las guarniciones de montaña.

—¿Qué? No me han dicho nada.

—Aquí tienes el salvoconducto —Kûf, a los mandos del carromato, sacó de su bolsa de viaje una tablilla de bronce, con el sello de plomo de su amo Thûrog. El sello había sido falsificado con habilidad por el herrero Thekk, y pareció dar resultado.

—Bien, todo en orden. Pero miraré de todos modos; han llegado noticias de guerra en el Oeste, un ataque a la Ciudad.

Kûf dio un respingo, y acercó su mano a una daga oculta, como una serpiente a su presa. Había cuatro guardias más con picas en la mano. Mala cosa.

—No he oído nada, y vengo recorriendo toda la Vía Roja.

—Llegó aviso hace dos días. Los elfos vuelven a estar revoltosos. Quizá haya guerra.

—Eso sería estupendo. Entonces mejor llevar estas provisiones cuanto antes.

Supo que había hablado de más en cuanto cerró la boca. El orco, que no era de los más tontos, alzó una ceja ante su sensación de urgencia, e hincó su pica entre las mantas y sacos. Un quedo "augh" sorprendió a todos, y más cuando de entre los fardos surgió un enano sujetándose la pierna con una mano, y un martillo pilón con la otra. Incrustó en el ojo del monstruo de orejas puntiagudas su herramienta, y todos saltaron a una.

Kûf lanzó su daga a otro de los guardias, pero falló por poco, mientras éste, al hacerse a un lado, se estrelló contra sus compañeros. El enano volteó su martillo con ambas manos, golpeando en el pecho a otro. Y la niña saltó a la parte alta del carronato, blanca como la luna, las manos en alto. Se hizo el silencio. Los esclavos nuevos nacidos miraron a la criatura élfica como quien descubre la aparición de un espíritu del bosque. Los orcos dibujaron una mueca mezcla de horror y extrañeza: una niña los desafiaba allí, en el fin del mundo.

—En nombre de la Luz, yo os ordeno: ¡Dormid! —gritó la niña, su voz aguda y penetrante, su porte dulce y grandioso a un tiempo, como una princesa guerrera con una coraza de andrajos. Por un momento el tiempo se detuvo, como si la magia de sus palabras les traspasara el alma. Pero los orcos se palparon incrédulos, se miraron entre sí, y se echaron a reír.

Los guardias se levantaron con dificultad, uno de ellos llorando de la risa. Pero otro, quizá el líder del grupo, miraba a Kûf con fiereza.

—No puedo creer que un orco ayude a un *golug* y a un enano. Cuando no quede piel que despellejar, te echaré sal, y te cortaré trocito a troci... —No llegó a terminar la frase. Uno de los nuevos nacidos, un joven de piel cetrina y ojos oscuros, le clavó un pico en el cráneo, y ahí se quedó.

Eso animó a los otros hombres, armados de picos y palas, que atacaron en curioso silencio y sin piedad con lo que tenían. Kûf desenvainó su falcata, y con fría eficiencia le sajó la garganta a un oponente, herido por una pala que le había hundido la rodilla. Sonrió con satisfacción mientras el orco se desplomaba, farfullando alguna maldición. No le dio tiempo a usar el hacha, pues el resto de guardias sucumbió a la rabia incontenible y silenciosa de los nuevos nacidos.

Kûf se giró hacia la niña:

—"¿Dormid?" "¿Dormid?" ¿No se te ocurrió nada mejor? ¿No te enseñó ninguna brujería tu madre?

La niña se encogió de hombros: —Funcionaba con las ratas... —se defendió.

—¿Así las cazabas? Y yo que pensaba...

—¿Quiénes ser? —interrumpió el joven macho humano, desclavando el pico de la nuca del guardia —, ¿y por qué no matar éste? —preguntó en un *Oestron* huidizo y parco en palabras.

—Es amigo, Él —declaró el enano, colocándose delante del orco, cojeando. Éste levantó una ceja ante lo que acababa de escuchar..

—¿Amigo? ¿*Gorgûn*? Nunca oír orco amigo —se extrañó el joven del pico, que parecía el portavoz o el líder de aquel grupo.

—Es mi protector —sentenció la niña. Lo hizo como si lo creyera de verdad, subida a unos fardos de comida maloliente, como si fuera una noble dando órdenes a sus súbditos. Kûf abrió la boca, entre divertido y enojado. Pero la niña siguió hablando:

—Nos lleva fuera de aquí, huiremos por un río subterráneo que conoce Thekk, este enano.

—¡Calla, mocosa! —le espetó el orco, cerrando el puño.

—¿Huir? ¿Huir? —repitió el joven, señalando incrédulo las montañas.

—Es cierto —intervino el enano—. Conozco Yo un río que pasa de las montañas por debajo, hacia el Sur, lejos de los orcos, Ellos.

Kûf levantó las manos y se mesó las orejas puntiagudas.

—Eso, decídselo todo, ¿por qué no se lo contáis a todos los guardias que veáis?

—Kûf, piensa Tú —le reconvino el enano—. Acaban de suicidarse por unos desconocidos, Ellos. Han matado a sus carceleros. Saben que no tienen escapatoria, y te han salvado de ser vivo despellejado. Merecen una salida, Ellos.

—Yo Cal-buri-Dhân. Nosotros ser *Drûg* —dijo el joven, tirando su pico al suelo y abriendo las palmas de sus manos, señalando a sus compañeros—. Yo amigo —insistió, y se fue a parlamentar con los suyos. Iniciaron una pequeña discusión, animada pero tranquila a su manera, en un lenguaje desconocido que incluía cloqueos y ademanes propios. Kûf no sabía bien qué hacer. Ya estaba sopesando subirse a una de las mulas y dejarlos allí tirados cuando, tras unos intercambios y cabeceos, el llamado Cal-buri-Dhân, volvió a su lado.

—Yo ir con vosotros. Yo huir, ellos cubrir huellas —Cal-buri-Dhân les explicó que los otros hombres eran mayores, y sabían que su hora estaba cerca. El orco lo confirmó: el pelo blanco indicaba su proximidad a la Muerte. El joven les explicó que destrozarían los cuerpos e incendiarían la casucha que hacía las veces de posta, con la esperanza de que confundieran al responsable con un gigante. Al parecer había pasado uno por allí hacía poco, y se veían más pisadas.

—Ahora entiendo qué hacíais aquí, *Oghor-hai*. ¡Sois pastores de gigantes! —exclamó Kûf, escupiendo lo que estaba masticando. Uno de los hombres de pelo cano asintió. La niña y Thekk nunca habían visto uno, así que el orco presumió un momento de su conocimiento del mundo circundante:

—Los pastores de gigantes se encargan de separar de su rebaño a alguno de esos monstruos, azuzándolos o provocándolos. A riesgo de ser aplastados —recordó, con un tono de reconocimiento de su valor en la voz.

Los gigantes, inmensos pero aún más lentos de mollera que los *Torog*, los trolls, los perseguían con encono. Y así, si los pastores sobrevivían a sus lentas, torpes aunque letales pisadas, los dirigían hacia... los dragones.

— Ah, ya decía, Yo —reconoció Thekk.— A veces los enanos nos preguntábamos de dónde saldría tanta comida. ¿Habéis visto a Ancalagon el Negro, Él? Grande como una montaña,

Él. Sabíamos que los nuevos nacidos del Este rendían tributo, Nosotros, pero muchos decían que no podía ser suficiente. Ahora tiene sentido.

—Yo ir con vosotros. Volver a tribu. Avisar a tribu. Ellos engañar —explicó, señalando a los orcos caídos... y a Kûf.

—¿Os ofrecieron algo para venir aquí, y luego os traicionaron, os esclavizaron? —preguntó la niña. El joven, con los ojos acuosos, asintió. La niña saltó a tierra desde el carromato, y se acercó a los hombres de pelo blanco. Les miró uno a uno a la cara. A ellos se les demudó la faz, quedaron absortos, y se arrodillaron ante ella, pues nunca habían visto a alguien así. La niña, que sólo conocía a los nuevos nacidos por historias que le contaban, le acarició las orejas al joven, extrañada de que no fueran puntiagudas.

—Cal-buri-Dhân, te vienes con nosotros. Avisarás a tu gente.

Kûf levantó los brazos, en señal de protesta. Ella levantó la mano displicente, cogió un pequeño odre de agua y se subió al carro, dispuesta a seguir como por un paseo por el campo, no sin antes acariciar la papada de las mulas, que relincharon de gusto.

—Pero ¿qué brujería tiene esta niña que no hay quien le diga que no? ¿Quién me mandaría sacarla de allá y seguirla por medio Norte? —se quejó Kûf, pensando en voz alta.

—Debe ser lo que hace con las ratas. Somos ratas, Kûf, somos ratas, Nosotros...

—concluyó Thekk. Y le palmeó el hombro con sorna.

====

Prosiguieron el viaje no sólo de noche sino ya también de día, cuando la necesidad de avanzar de prisa era más urgente que la cautela y el sigilo. Llegarían al destino que se habían marcado tras esa noche, si hacían paradas cortas y dejaban descansar a las mulas de tanto en tanto. La niña vendó la herida del enano, mientras cantaba quedamente una cancioncilla, suave como una nana. Mientras azuzaban a las bestias, subiendo las estribaciones de las montañas nevadas, Cal-buri-Dhân se interesó por ese destino.

—Son todos similares, a lo largo de la línea de montañas. Será un pequeño puesto, muy cerca de la entrada del río subterráneo, donde descansan los vigías que suben por turnos a lo alto de ese pico de allá —explicó Kûf, cubierto con sus pieles—. Dos o tres de ellos pasan un par de noches allá arriba, en un refugio de montaña desde donde otean el horizonte, y bajan al puesto a descansar cuando cambia el turno. Habrá otros tres o cuatro orcos de retén, holgazaneando. Por eso queremos atacar de día, cuando estén durmiendo, para tomarlos por sorpresa. Nos vendrá muy bien tu brazo entonces.

—¿Por qué tú matar a los tuyos? —inquirió el nuevo nacido, acariciándose la barba rala.

—Por un buen precio, sin duda. Son *pushdug*, ralea, no son mi camada, mi clan, mi tribu. Y ahí, ahí cerca, según el maldito Thekk, está ese camino oculto que nos llevará muy, muy

lejos. Me comeré sus ojos si no está ahí cuando lleguemos. El resto no, los enanos tienen la carne muy dura —sentenció, como si ya la hubiera probado, enseñando los dientes en actitud sardónicamente amenazadora.

—Ea, ea —tranquilizó Thekk—, también me juego mi enano pellejo en esto, Yo. Estará.

—¿Oculto? —insistió el joven. Se le notaba inseguro, aunque esperanzado.

—Bajo un árbol, un cortado natural entre estratos de piedra, según dice Thekk —intervino la niña—. Por allí llegó él.

—Lo habíamos descubierto hacía décadas, Nosotros —recordó el enano, recostado entre los sacos, mordisqueando un tallo de hierba—. Lo recorrimos de arriba abajo, hasta donde pudimos avanzar, Nosotros. Es como una gran falla interior, que recorre una distancia grande, unas cuatrocientas cincuenta millas. Un subterráneo río que circula al menos desde aquí, desde las montañas, hasta muy debajo del Helevorn lago, cerca de mi ciudad, Nogrod, mi Tumunzahar querida. En ese punto se bifurca, Él: por un lado sigue hacia el sur, por debajo de las Ered Luin, y por otro lado el río se desvía hacia el este, Él. Por ambos lados llegamos a sendos puntos demasiado angostos como para pasar ni arrastrándonos, Nosotros, pero pudimos iluminar y ver que la falla, que recorría el camino, seguía hacia lo profundo, hasta donde se perdía la vista.

—Parece hecho por enanos, ¿seguro que no lo harían los tuyos, o quizá los de Belegost?

—sospechó Kûf, girando el torso desde su puesto, guiando a las bestias.

—No, no, imposible, Nosotros. No, ningún *Khuzd* podría. Cuando lo veáis lo entenderéis. Algunos de los míos dicen que fue creado por el propio Mahal, Aulë, como líneas de corte en un mapa o surcos hechos por los de los gigantes abuelos, Ellos, como si estuvieran preparados para ser hundidos o hacer palanca en las fallas y destruir Beleriand entera, Ella.

—Pfff, no será para tanto —se burló Kûf—. A los enanos os gusta exagerar sobre vuestras madrigueras.

—Ya lo verás, ya, Tú, si acabamos con esos guardias —Thekk hizo oídos sordos a la pulla del orco—. Pero dejemos el carro por acá, Nosotros. Recuerdo esas rocas, por ahí nos descubrieron, Ellos. Años de tormentos para que habláramos, pero ni uno de mis hermanos confesó. Somos fuertes los hijos de Aulë, somos tercios, los *Khazâd*, Nosotros. Se debieron cansar conmigo, y pensaron que era más útil en las Forjas, Yo. Pero hoy, hoy este enano reirá el último, Él —masculló, con la mirada torva y decidida.

No había ya luna esa noche, pero aun así se acercaron con cuidado. Dejaron el carro y las mulas en una caseta pensada precisamente para los carros de vituallas que llegaban por allí periódicamente, por lo que sabían que nadie sospecharía. Pasaron andando a través de la nieve, por encima de la construcción, ladera arriba, para atacar a contraviento y que no

les delatara el olor. El humano, silencioso, no hablaba a menos que fuera imprescindible. El enano se detuvo:

—¿Veis esa forma como de un roble, unos cien metros abajo, Vosotros? Allí está la oquedad, oculta bajo la maleza. Si no lo consigo, Yo...

—Lo conseguirás, idiota —susurró Kûf—. Aún me debes una recompensa.

—Sólo un orco sabe animar así —respondió la niña, sonriendo como siempre. Kûf casi le asesta una dentellada.

—¡Tú, pequeña rata, calladita y quédate aquí! —siseó el orco—. Ni un movimiento hasta que acabe la matanza.

Se agacharon y permanecieron en silencio bajo el frío, escuchando los últimos y horrisonos cánticos de los orcos, como ladridos de serpientes ahogadas en la bebida. Esperaron, y esperaron, mientras la noche envejecía.

Kûf sintió la lengua seca, arrebujándose en su piel, como cada vez que se preparaba para un ataque. Divagó mientras esperaban, calculando sus posibilidades de morir en aquella loca aventura. Decidió que eran demasiado altas para preocuparse por ello, y escrutó a sus compañeros en la alborada. El joven nuevo nacido parecía mirar al vacío, inescrutable. Inmóvil, diríase un hombre de piedra. Y así le pareció, salvo cuando un par de veces cazó algo innombrable que pasaba cerca de su mano, y se lo zampó en silencio. El enano dormitaba sin más, amagando un quedo ronquido de vez en cuando.

Poco a poco los orcos cayeron en el silencio, mientras el sol, tímido tras las nubes, reclamaba su reino en el cielo. En un momento dado Kûf se incorporó, protegiendo del sol rostro y cabeza con la piel de la cabeza de gato de las cavernas. Carraspeó levemente, dando aviso de avance. Había llegado la hora.

Se movieron con cuidado entre la nieve, buscando matojos o piedras que los pudieran ocultar en caso de una salida sorpresa de alguno de los guardias. Se aproximaron al puesto, en realidad una casamata sin puertas ni ventanas, una pequeña torre de no más de la altura de unos tres orcos.

Tal y como habían pactado, al acercarse a la pared, el enano se puso en cuclillas, el más pesado de los tres, pero sin duda el más recio. Sobre él se aupó el orco, mientras Thekk se retorció de dolor, mordiéndose la mano en silencio, al pisarle una oreja. El orco cabeceó, en lo más parecido a una disculpa que jamás le dirigiera uno de su especie a cualquier enano. Le tocaba el turno a Cal-buri-Dhân (a quien llamaban ya "Cal" a secas). Escaló a los dos como un gato en plena caza, de paso leve y sin peso. Se notaba que era alguien acostumbrado a matar así, en silencio, y Kûf anotó mentalmente mirar más a su espalda en el futuro.

Cal se encaramó a lo alto, y les acercó una escalerilla que los orcos usaban, a falta de puerta, para subir y bajar del techo. El resto subió con cautela, y todos contuvieron el aliento

cuando, casi como una broma del destino, Thekk rompió con su peso uno de los travesaños.

Tras unos instantes de pánico y miradas asesinas, terminó la pequeña escalada. Kûf se hubiera reído, de no haber sido porque estaban en el punto de no retorno. Bajaron del techado al segundo piso, un almacén que copaba los laterales. Un gran hueco daba a una escalera que bajaba al suelo, donde los orcos cocinaban sus potajes y dormitaban, al amor de la lumbre. Señalaron en silencio sus objetivos, se prepararon para saltar, y entonces todo fue mal.

La pierna herida le flojeó a Thekk, dando un traspiés en el último momento. Empujó a Cal, quien amagó una caída. Por fortuna se revolvió en el aire como un gato y cayó, pico en mano, sobre uno de los orcos, un *snaga*. Con el peso de su caída lo clavó al suelo de tierra. Murió con un gemido ahogado, con una expresión de agradable sorpresa, como si el letal despertar hubiera sido mejor que la pesadilla en la que dormía. El resto de orcos abrió los ojos.

Dos de ellos lo hicieron para descubrir una masa informe que caía con su peso muerto, dejando a uno de ellos sin resuello. Un cuarto orco estaba más lejos, y ya tenía su arma en la mano para cuando Kûf había descendido.

Kûf saltó, pero su oponente se zafó, rápido como una zarigüeya. Era otro *snaga*, un trasgo pequeño pero ágil. Mientras, Thekk había quedado desmadejado, una masa musculosa que pisaba el pecho de un orco mientras le partía la infame nariz a otro con su martillo. Cal luchaba por desclavar su pico, y el que se enfrentaba a Kûf, se preparaba para saltar.

En un abrir y cerrar de ojos, casi por instinto, Kûf decidió su siguiente movimiento. Esperó el salto, cubriendo su cuerpo con su daga corta en la izquierda y el hacha enana en la derecha. El *snaga* supuso que lo tenía peor si atacaba por la derecha, donde estaba ese filo brillante. Decidió saltar a la mesa, intentando atacar después por la espalda al humano, que seguía enfrascado en su asunto.

Craso error. Eso era lo que había provocado Kûf al usar la daga en lugar de su falcata. Con un rápido movimiento, sajó el ligamento de una pierna del trasgo en pleno salto. Éste cayó retorciéndose de dolor, volcando vasijas y platos sucios.

Acto seguido, siguiendo el mismo giro hacia su izquierda, volteó su hacha y se la clavó en el pecho al orco que trataba de levantarse, ahora que el enano forcejeaba con el otro. El enano miró agradecido la acción, y ahora que ya podía dedicar su atención en su otro oponente, descargó toda su furia.

Kûf recordó al pequeño orco, que se retorció de dolor en una esquina. Tomó una silla, y se la estampó en la coronilla. Mientras caía con un golpe sordo, Thekk asestaba una estocada mortal al otro orco con un cuchillo de cocina que había tomado prestado de la mesa, y Cal

gritaba triunfante, extrayendo su herramienta del pecho del infortunado que le había caído en gracia.

El único orco en pie observó la escena: —Creo que ni aposta nos sale mejor —dijo. Y escupió, elevando los ojos al cielo. Y los tres estallaron en carcajadas.

====

Junto a la niña, se acercaron a la espesura bajo el viejo árbol. Y allí, oculto como había asegurado Thekk, estaba el acceso. Escondido tras varias capas de arbustos, tenía apenas el tamaño necesario para que el enano entrara erguido. Todos suspiraron aliviados.

—¡Ja! ¿No me creáis, Vosotros? —se quejó Thekk.

—Llevabas mucho tiempo allá abajo, podías haber desvariado —reconoció la niña—, pero Kûf tenía un pálpito, me aseguró. No sabía que los orcos tenían de eso.

—Yo tampoco —confesó el interpelado—. Antorchas y adentro.

Bajaron por una galería natural, las paredes guarnecidas de raíces. Abajo, muy abajo, guiados por el sonido de un rumor acuoso, llegaron a una gruta más grande.

Cal arrojó varias antorchas en derredor. Dos de ellas cayeron en el agua, pero las otras se posaron en seco, y eso sirvió para vislumbrar la escena: una pequeña playa pedregosa se alzaba ante un río de poca profundidad, que se alejaba hacia las tinieblas. La gruta no era muy alta en este lado, pero en la otra orilla afloraba una oscuridad mayor al fondo.

—Esa es la verdadera hendidura, como segada con una hoz, Ésa —explicó Thekk—. Tal como lo recuerdo, si te asomas a ese lado, no ves el fondo, Tú.

—Ni falta que hace, montón de estiércol —dijo Kûf—. Tomamos las cosas y nos vamos de aquí —dicho lo cual, subieron hasta el carromato.

—Ahora entender por qué venir en carro —reconoció Cal. Antes había apartado las mantas para descubrir, además de paquetes de víveres para muchos días, un fardo de pieles, odres vacíos, unos remos y cuerdas.

—Las tablas del carro y las cuerdas servirán para construir una balsa —explicó Kûf—. Inflamos los odres para darle estabilidad; subimos las provisiones, antorchas, y a remar. Según Thekk, la corriente es tranquila, así que, si navegamos sin detenemos día y noche, es como una semana de viaje hasta el punto que hay debajo del lago Helevorn, donde saldremos al exterior. Allí estaremos en tierra amiga, al menos para vosotros.

—No te preocupes, *rukhs* miserable —declaró Thekk, con un guiño—. Cuando se lo cuente, por esta hazaña todos olvidarán esa fea cara tuya, Ellos, mi gente.

Algún tiempo después, con el sol ya desapareciendo, terminaban de montar una balsa, embarrancada en el bajío del riachuelo subterráneo, a partir de las piezas del propio carro. Subieron de nuevo a por los últimos bultos.

—Bien, vosotros id a por los víveres —ordenó Kûf—. Luego liberad a las mulas; azuzadlas para que sigan camino abajo. Yo iré a la casamata, y prepararé un escenario, como si se hubieran matado entre ellos. Con suerte, seguirán preguntándose qué ha pasado mientras nosotros ya habremos huído por debajo de todas sus ganchudas narices. ¡Deprisa!

Cada uno fue a lo suyo con premura, presos de una ilusión loca que les daba fuerzas para acarrear sacos de comida como para unas dos semanas. Incluso la niña parecía sobrada de fuerzas, cargando con una caja de hongos en conserva con su sempiterna sonrisa, ilusionada como si viera por primera vez la oscuridad de la cueva, con un halo de esperanza.

Cuando desaparecieron por la oquedad, Kûf corrió como una rata por su vida, en dirección a la casamata. Allí encontró al pequeño trasgo que había abatido. Agarró una jarra con vino aguado, y se la echó encima.

El *snaga* se sacudió y despertó, y al ver la daga en su cuello resopló y enfocó la mirada en Kûf.

—¡Tú! ¡Sucio traid... —Interrumpió su alegato, porque Kûf apretó la daga contra su cuello.

—¡*Ska!* Calla y tranquilízate —avisó el orco, ejerciendo presión, escupiendo a un lado—. Siento lo de la pierna, pero casi me fastidias el plan. Tranquilo, luego me lo agradecerás.

Kûf le curó y vendó la pierna con eficiente rapidez, usando un ungüento que olía a heces y algas que extrajo de su bolsa de viaje, siempre sujeta al cinto. Sacó un pergamino con un mensaje ya escrito, precintado con un sello de bronce (el verdadero) Se lo entregó al *snaga*, que ahora ya no entendía nada, mientras abría la boca con expresión estupefacta.

—Necesito que salgas de aquí, y cojees como si fueras un huargo en plena caza —El pequeño orco abrió los ojos como platos, mientras se sujetaba la pierna—. Ve al próximo puesto, ¿allí tienen vampiros mensajeros? —preguntó. El trasgo confirmó con la cabeza, la boca abierta como un sapo—. Bien, cuando llegues, envía este mensaje urgente, dirigido al Balrog Thûrog. Sí, al mismísimo. Que ese vampiro vuele directo a su mano, o te haré responsable, babosa.

El herido tomó el pergamino con horror. Kûf insistió: —A ver si lo entiendes, idiota: soy un espía con una misión, ¿comprendes? El Balrog me encargó averiguar lo que nadie había conseguido, y ahí está —explicó, señalando el pergamino—. Envíale este mensaje, y te hará rico. Incluso puede que te concierte una visita a una Madre.

El miserable trasgo asintió abriendo sus ojos desmesuradamente, ahora por fin vivamente interesado. Aferró el mensaje como si le fuera la vida en ello.

—Confío en ti, babosa, si no nos asarán a fuego lento, también a ti —aseveró, marcial. El *snaga* asintió, entregado—. Si el Balrog es tan rápido como lo recuerdo cuando partió a salvar al Amo de las garras de Ungoliant, llegará a tiempo. Nuestro futuro está en juego, ¡adiós!

====

Pasaron una semana en aquella balsa quebradiza, en aquel río negro dentro de aquella negra cueva sin fin, entre un pasado negro y un futuro por descubrir. Una semana navegando hacia el oscuro terror, sin parar salvo para hacer sus necesidades. Una semana rodeados de sus propios ecos, iluminados tan sólo por las lámparas de aceite. Una semana impulsados por la lenta corriente, siempre al Sur, con algunas curvas en las que los remos les servían para conseguir estabilidad. Una semana, y no se veía el final.

—Nunca pensé que echaría de menos la carne de rata —suspiró la niña, bostezando—. Podría acertar una desde aquí con una pedrada.

—No podemos pararnos —advirtió Kûf, mordisqueando una raíz que había sacado de una de las bolsas—. Quién sabe si no nos estarán siguiendo.

—Atraes malhadados pensamientos, orco, Tú —advirtió Thekk—. Debe quedar poco, sí.

—Eso espero, enano, eso espero.

—¡Allí! —gritó de pronto el joven humano. ¿Qué había visto? Una protuberancia en la roca; un diseño que no parecía natural; una escultura con la forma de... ¡un enano!

—Bien visto, Cal —confirmó Thekk—. Es una de nuestras miliares piedras. Marca el punto que os conté, Yo. Estamos casi debajo del Helevorn Lago. Preparaos, ya sabéis lo que hay que hacer, Vosotros.

Con los remos fueron deteniéndose, escorando a la derecha. Se escuchaba ya un ligero rumor, que auguraba una pequeña cascada. El río parecía querer girar hacia la izquierda. Allí desaparecía la falla, como si la mano gigante que excavaba aquel surco infinito se hubiera detenido un momento, para desdoblarse y reanudar su periplo un poco después al sur y al este, según aseguraba Thekk. Kûf hizo un nudo corredizo con una soga, y la lanzó al otro lado. El nudo se enganchó en un saliente, una estalagmita vertical, que parecía haber ido acumulando gotas de roca durante milenios sólo para ser usado por el grupo como soporte improvisado. Eso sirvió para estabilizar la balsa, mientras Cal anudaba otro extremo a otra roca del lado derecho.

Comenzaron a descargar lo que necesitarían para la parte final de su viaje: lumbre, comida, agua y algo de abrigo. Les quedaba, según Thekk, como un día con su noche de ascenso hasta la superficie, entre las montañas.

La cascada era más bien una serie de pequeñas terrazas por las que el agua embalsada se iba dejando caer casi con desgana, creando una piscina natural, fangosa y lechosa. Grandes pilares daban soporte a la inmensa cavidad.

De uno en uno, fueron caminando o trepando por unos huecos excavados en la roca del lado derecho, a modo de escalones. Cargaron cuidadosamente con sus ahora ya escasos enseres, hacia un balcón natural que se encaramaba sobre la oquedad, por encima de la cascada. De ella partía un pasadizo hacia las alturas. La balsa la dejaron amarrada, pues había cumplido su cometido con creces.

—Allá seguir falla, muy pequeña, y a otro lado, río más —señaló Cal.

—Sí, vuelve a comenzar la falla, pero el río se estrechaba, como si se desbordara por el precipicio de la falla —recordó el enano—. Por eso nos dedicamos a continuar hacia el Norte, y no al Este o más al Sur, Nosotros.

Ya estaban llegando a la plataforma natural, desde la que se veía cómo el río giraba o desaparecía hacia el Este, en la negrura. Encendieron lámparas de piedra, para ver mejor. El aceite aguantaría mejor que las antorchas.

La niña, tras cruzar, se giró hacia ellos, de cara a la cascada, y en ese momento chilló como no la había escuchado Kûf nunca. Todos giraron la cabeza: dos ojos inmensos y flameantes escrutaban al grupo desde el agua, por encima de la cascada. Los ojos se movieron hacia adelante, y le siguió un estruendo: algo muy grande acababa de toparse y enredarse con la balsa, y cayó por la serie de terrazas, un amasijo de tablas rotas, odres, mantas y cuerdas.

—¡Mahal bendito! ¡Vamos, deprisa, por el pasadizo y las escaleras, Nosotros! —les conminó el enano—. ¿Kûf, recuerdas lo que te dije, Tú?

—Por supuesto, el engranaje de derrumbe —confirmó el orco. Su voz era calmada, tranquila, casi definitiva. Qué curioso, no sentía la lengua seca. Sin prisa pero sin pausa, se dirigió a una maquinaria, a buen seguro creada por los enanos, de donde asomaba una palanca.

—¿Qué, qué ser eso? —tartamudeó el joven Cal, señalando aquella aparición.

—Eso, esclavo —sentenció Kûf, cambiando su tono amigable a uno torvo y soberbio—, es mi Amo, Príncipe de Angband, Llama de Udun, Señor de mi Tribu, mi Casa y mi Camada, mi Balrog Thûrog.

Todos ellos hicieron amago de irse. Pero una voz horrisona y displicente atronó la caverna, clavándolos en el sitio:

—Has cumplido, sí, mi Kûfaz, "el Más Horrible", mi fiel *ashpar*, sí...

La monstruosa forma humanoide se alzó desde el agua. Todo lodo, algas y lava, sulfuraba gases a su alrededor, como si una llama interior luchara por escapar al río circundante. El humo espeso giró constreñido a su alrededor, una sombra de alas de vapor, ensortijadas entre el cordaje que, por ahora, lo retenía en el agua embalsada. Sus palabras atrajeron

como moscas a la miel a los presentes, que se asomaron al borde de la plataforma, para verle desde arriba.

—¿Lo he hecho bien, Amo? He tenido paciencia, pero como predijiste, el enano picó.

Todos volvieron la vista hacia el orco, que miraba embelesado al Balrog. Thekk no daba crédito, todavía sin entender.

—Me ha costado, pero la niña ha sido la palanca que necesitaba para que el enano hablara

—prosiguió Kûf—. Ahora atacaremos a los malditos elfos y los come Piedras por detrás, ¿verdad, Amo?

—No se lo esperarán, sí. Melkor nos recompensará por esto, sí, y desde ahora tú serás mi Tur-Karak, mi "Poderoso Colmillo", Capitán de mis tropas. Sí, oh sí... —habló el Balrog, emponzoñando el aire con palabras que olían a azufre.

Con un gesto de su mano, más bien de su garra, con una carcajada siniestra, le lanzó un torques de oro, que Kûf recogió al vuelo, con orgullo en la mirada, su único ojo brillando de emoción, pero de nuevo tranquilo, parsimonioso, rotundo. Los demás le miraban como en un sueño roto, una visión de pesadilla, traicionados por quien les había traído tan lejos.

—¿Cómo, cómo has podido Tú?... —exclamó el enano, más dolido que extrañado. Kûf no se dignó mirarlo.

—He cumplido mi misión, Amo. Los orcos no olvidamos fácilmente.

El Balrog comenzó a escalar la pared opuesta a la balastrada natural, aunque las cuerdas se le engancharon, y le impidieron el ascenso. Conforme se secaba, la piel del ser comenzó a inflamarse, y las fibras mojadas parecieron ahumarse.

—No, no olvidamos fácilmente. No olvidamos la muerte de toda nuestra Camada, a tus manos, por el simple pecado de haber nacido de orca y elfo.

Kûf se quitó el parche, que desveló una sorpresa: al lado de su ojo amarillo y negro de orco, acostumbrado a la oscuridad, en lugar de la cuenca vacía y la cicatriz que cualquiera esperaba ver tras el parche, un élfico ojo gris enfocó en el Balrog, quien gruñó con sorpresa y reconocimiento:

—¡Tú? ¡Abominación!

—Sí, eso dijeron. Mi Madre se encaprichó de un Primer Nacido, y nacimos toda una Camada de semiorcos. Cuando lo descubriste, Amo, montaste en cólera, y arrasaste con mis hermanos, ¿recuerdas? Nadie nos ayudó, nadie salvo una elfa. A mí, que sólo merezco desprecio, me ocultó cuando era un niño, me desfiguró arrancándome el cuero cabelludo de elfo, y me puso el parche. Tu madre, niña —Miró a la pequeña elfa, a la que se le encogió el corazón.

—Por eso no te dormiste cuando la bruja elfa lanzó su hechizo, Ella —dedujo el enano, boquiabierto.

—Sííí, recuerdo a tu Madre, sí... —siseó el Balrog, ahora ya casi incandescente. Las cuerdas comenzaban a quemarse—. ¿Cómo pudo pensar en parir semejante mezcla? Sibilina, sí. ¿Qué esperaba, revertir la obra del Gran Amo? Sabandija, le saqué las tripas antes de arrancarle la cabeza de un mordisco. Sabía bien, vosotros seréis también apetitosos, ¿sí? —dijo señalando a la niña que, como los demás salvo Kûf, se echaron para atrás.

—Al menos fue una muerte rápida, eso te lo agradezco —reconoció el semiorco—. Por eso ésta ha sido siempre mi verdadera misión: encontrar la forma de acabar contigo. He esperado tanto a mirarte a los ojos, Amo, y decirte..., hoy llega nuestra hora, Amo. ¡Nunca más Amo, nunca más!

Resoplando con determinación, arrimando los hombros y dando un salto para caer con más fuerza, Kûf se arrojó sobre la palanca. Thekk le había informado, tiempo atrás, que era un mecanismo preparado por él mismo y sus compañeros, para provocar la caída de toda la estructura de esa zona, en caso necesario. Su única posibilidad había sido siempre esperar hasta que los demás salieran, y caer junto a su Amo.

En ese momento el Balrog hizo honor a su sobrenombre, y su largo látigo se enredó en la palanca. Kûf tironeó con todas sus fuerzas, pero no podía bajarla, y miró a los demás con desesperación: —¡Cal, *skai*, llévatela! ¡Thekk, sácalos de aquí! —El orco siguió luchando, infructuoso, con la barra atascada.

El monstruo sonrió triunfante, dispuesto a avanzar. Sin embargo, su rostro pareció divagar, sus brazos y su fuego interno flaquear. Kûf volvió la vista atrás, y vio cómo la niña, sudorosa, rezaba una salmodia que tan sólo ella escuchaba. Concentrada toda su atención en el demonio negro y ardiente, sujetaba con ambas manitas su pequeña lámpara de piedra, como una luz de hielo frente al Horror. En medio del pavor que sentían, el tiempo se detuvo: al orco le dio por pensar irónicamente divertido, en el momento más inoportuno, "parece que sí aprendió alguna brujería" y luego "su Madre estaría orgullosa".

El Balrog se sacudió del inocente esfuerzo de la niña, empuñando una espada de fuego. Al identificar el origen del hechizo, gruñó displicente. Empero, levantó la espada y su contraconjuro fue devastador. Una ola de calor les explotó en la cara, y Kûf y el resto se vieron impelidos hacia atrás, acercándolos a la salida, con tal fuerza que las paredes crujieron. El demonio tuvo un momento de duda; sus ojos miraron confundidos al techo. Y entonces, apareció el enano:

—¡Es mi turno, Yo! ¡*Ishkhaqwi ai durugnu!*, "¡escupo sobre tu tumba!" —le gritó Thekk al Balrog.

Thekk se arrojó hacia adelante, con su martillo en las manos. Sonriendo furioso, se paró delante de una pilastra, de entre varias que se conectaban con el mecanismo y soportaban el techo. Alzando su martillo cantó:

—¡Vengaré a mis Hermanos, Yo! ¡Siempre hay otra forma, Yo!

El martillo restalló sobre la pilastra, que acusó el golpe pero aguantó. El Balrog bramó, chillando de sorpresa y rabia. Su cuerpo tornóse un volcán, las cuerdas se quemaron, y por fin se liberó de sus ligaduras. En su frenesí, soltó el látigo de su presa sobre la palanca, para saltar sobre su nuevo enemigo, y eso hizo que la palanca bajara. Al mismo tiempo, Thekk volteó su martillo pilón con fuerza sobreenana y gritó:

—Recuérdame, amigo, Tú. ¡*Khazad ai menu!*

Y el golpe quebró el pilar, con un chasquido seco que, de inmediato, se comunicó por todo el techo. Kûf echó a correr detrás del humano, que llevaba en brazos a la niña, gritando ambos en pos de las escaleras.

El techo entero crujió, el Balrog decidió que no tenía tiempo de llegar a ellos, y saltó hacia el Este, a la oscuridad del río y la falla. Kûf tuvo el tiempo justo de brincar a la entrada de las escaleras y girar sus dos ojos, el oscuro y el claro, en dirección a Thekk, que se quedó quieto, rotundo, sonriente, admirando su obra póstuma con los brazos en jarras: aún se pudieron cruzar la mirada enano y orco, en un entendimiento ¿fraterno? y final. Y el mundo se les cayó encima.

====

El sol arriaba velas en el horizonte cuando llegaban a las afueras de una población elfa que costeaba el río Aduranth, en Ossiriand. El orco quiso dejar a la niña con su pueblo nada más subir al lago Helevorn, haciendo como que sentía asco de "ese incordio de pequeña rata", pero ella no quería saber nada de los *golug*, los Noldor. Su madre le había explicado que era Laiquendi, y que los suyos vivían al Sur de las últimas estribaciones de las Ered Luin. En definitiva, pidió alejarse lo más que pudieran del Terror en el que se había criado.

Tardaron casi un mes los tres, tan singular Compañía. Un orco, un joven humano y una niña, vestidos poco más que con harapos, encararon su destino, costeando las Montañas Azules, primero por tierras que el semiorco conocía de sus pependencias, luego ya en terreno ignoto.

Kûf volvió a ponerse el parche, pero esta vez en el otro ojo, el de ascendencia orca, liberando su mirada élfica. Guardó el torque y dejó a un lado las prendas guerreras que le delataban como siervo del Enemigo. Tiró la falcata orca, pero se quedó con el hacha enana, y siguió acariciándola como si fuera su mascota.

Cal le talló un palo largo para hacerse pasar por un tullido. Unido a sus cicatrices y a una capa que la niña birló de un campamento elfo en las llanuras de Talath Runen, el conjunto brindaba a Kûf el aspecto de un pobre elfo malherido y horriblemente desfigurado. Contaba a quien preguntara, semioculto tras la caperuza de su capa, que viajaba vagabundo con aquella niña risueña y aquel hombre de aspecto rudo pero de mirada limpia, para dejar a la niña con sus parientes, lo que era verdad.

Cal, siempre tan puro y sencillo en sus emociones, lloró con sincera amargura la muerte del enano, a quien había llegado a apreciar en tan poco tiempo. Todos se inclinaron ante su recuerdo cuando vieron, tras tanto tiempo ascendiendo esperanzados por la galería, cómo la luna creciente se reflejaba en las heladas aguas del Helevorn. Pero después, se lavaron con saponaria en las beatíficas aguas, incluso el orco, reacio. Y Cal pareció renacer en aquellos días, trotando sin parar, enseñando a la niña a identificar bayas, hierbas, árboles... La niña no lloró entonces. Acostumbrada como estaba al sufrimiento desde siempre, había visto morir a alguien casi cada día de su vida. Pero después de la experiencia con el Balrog, cada noche se dormía, aferrada a Kûf como si fuera a un muñeco de peluche.

Kûf se sintió extraño, casi extraviado. Había matado quizá a más de los suyos, en reyertas internas, que a elfos, enanos y humanos juntos. Había perdido a los pocos que consideraba cercanos, los miembros de su camada. Incluso a aquella elfa que, nunca entendió por qué, le había salvado de niño, a él, un monstruo para todos, elfos y orcos. Había sentido la rabia de la venganza, sosteniéndolo tantos años de espera; pero no esa pérdida, esa sensación de echar de menos a alguien que, trapicheo a trapicheo, conversación a conversación, se había convertido en... ¿podía decirlo? un amigo.

Fueron tiempos felices: Kûf era quizá el único orco de su época que se sentía a gusto tanto de día como de noche al aire libre. Ahora, sin ataduras ni la necesidad de ocultarse de día, lo disfrutó, cambiando sus hábitos nocturnos gradualmente.

Todo era nuevo para la niña, y todo lo quería experimentar, tocar, probar. Sólo había conocido la oscuridad, las ratas, los gritos y el látigo. Pero ahora, cuando se detenían a descansar, cantaba canciones aprendidas de su madre, reconfortando los corazones. Por su parte Cal-buri-Dhân, aunque quería ir con su pueblo, parecía disfrutar sobremanera caminando por un mundo sin orcos.

Y así, llegaron un día. Parecía un pueblo élfico más, pero era distinto de los que el semiorco había espiado otras veces, en los reinos noldor. Mimetizado entre los árboles, los hogares parecían crecer al ritmo de la vida, como si fueran parte del bosque y no una construcción producto del hacha, el pico y la pala. Eran Laiquendi, y únicamente conocían los bosques.

Kûf nunca había llegado tan al Sur. Sólo la compañía y su disfraz le habían librado de una muerte segura a manos de, él lo sabía bien, los vigías elfos que los habían espiado desde la

espesura. Ahora, tras pasar la noche con el pueblo a su espalda y las montañas por testigos, disfrutaron de un último amanecer juntos.

—Creo que no me cansaré nunca de ver salir el sol —cantó la niña, suspirando de placer.

—Nunca es mucho tiempo. De todo se cansa uno, brujilla —le reconvino el semiorco, que hoy tenía, si eso era posible, un aire fatigado, melancólico.

—¿De qué cansar tú, Kûf? —preguntó el joven humano. El semiorco tardó en responder.

—De matar ¡*skai!* De asesinar, propinar latigazos, dormir con un ojo abierto y mirar siempre atrás, de esperar al próximo cuchillo en la espalda. El pillaje estaba bien, pero..., no sé hacer otra cosa. ¿Adónde iré ahora?

—¿Por qué no venir conmigo? Tener hermana que gustar historias, y tú tener muchas, yo pensar.

—¿Hermana? Y yo que ni soñaba con acercarme a una Madre, no fuera a ser que me comiera.

—Mi hermana no come Kûf. Bueno... —dejó caer en el aire, y sonrió.

—Bien, si es tan fea como tú, éxito asegurado. Semiorco y humana, ¿quién sabe qué saldría de eso? Pero deberé cambiar de nombre, no vaya a ser que los de mi especie oigan de mí. ¿Cómo creo un nombre *Drûg*?

—Nombre más "Familia de" o "Hijo de" más Nombre de familiar. Fácil.

—Vale, pues a partir de ahora seré... "Uf-buri-Thekk", ¿sí?

El joven y la niña se miraron, sonrieron, y ambos dijeron al unísono—: ¡Sí!

Decidieron que era el sitio adecuado para "liberar" a la niña. También, que él no entraría en el poblado, sólo la acompañaría el humano. Demasiados elfos armados para el semiorco, demasiadas posibilidades de que alguien se percatara de lo que era en realidad. La niña se enfrentó a Kûf:

—Me usaste como cebo.

—No te des tanta importancia, mocosa. En realidad el cebo era el pasaje bajo las Montañas de Hierro y el Anfauglith.

—Pero nos metiste en tu venganza.

—Maté dos pájaros de un tiro.

—Mataste a tu amigo. Y casi nos matas a todos.

—¿Qué quieres? Soy un orco.

La niña se quedó pensativa durante un momento. Kûf también.

— ¿Y tu recompensa? —preguntó la niña, cándida y directa—. El enano decía que me liberaste por eso.

—Esa deuda ya la pagaron con creces, Thekk entregando su vida, y tu madre, salvando la mía. Prometí sacarte de Angband. He cumplido todas mis misiones. Soy libre.

—¿Nada más?

—Nada menos, ratilla—. Y escupió lo que fuera que había estado mascando.

La niña preparó sus escasas pertenencias, y le dio la mano a Cal-buri-Dhân, dispuesta a partir hacia el pueblo.

—Todavía no sé cómo te llamas —apuntó el semiorco.

—Mi madre me llamaba Lóri, "Oro" en nandorin; por mi pelo, supongo. De ahora en adelante, pediré que me conozcan como Lóri Kûfaziell, hija de "El más Horrible". Eso asustará a otros niños —aclaró la niña, con una sonrisa traviesa y un punto de orgullo en la voz. Al semiorco se le inflamó el pecho, como aquella vez que vio el reflejo del Silmaril en los ojos de su madre. Sacó el torque de oro, y se lo lanzó a la cría.

—Me gustaba más "Pequeña Rata" —señaló, encogiendo los hombros, pero sonriendo—. Entonces, éste es nuestro trofeo, brujilla. Guárdalo. Si alguna vez me necesitas, no importa cuándo, incluso si las estrellas caen y el sol no vuelve a salir, envía este torque a los *Drûg*, que los tuyos llaman Drúedain, y volveré a ti.

—¿Volverás? —preguntó la niña, sus ojos envueltos en lágrimas de rocío.

—Por supuesto. Los orcos no olvidamos fácilmente.